

LA NOVIOLENCIA Y LA RESISTENCIA CIVIL

La Noviolencia

Para quienes trabajamos, accionamos y construimos conocimiento desde la cultura de la llamada “noviolencia” (antigua como las montañas, decía Gandhi optimistamente), ahora con el apellido de “activa” para ayudar a definirla un poco mejor, siempre ha sido un problema explicar el término para diferenciarlo de un “pacifismo pasivo”. O, como tuvo que hacer Gandhi, con la invención -por parte de su hijo Maganlal en 1906- del término “satyagraha” (fuerza de la verdad), para distinguir su lucha en Sudáfrica de la anterior “resistencia pasiva”.

Noviolencia es una palabra creada para definir la lucha del movimiento gandhiano independentista en la India en la primera mitad del siglo XX, pero es un término que se ha prestado siempre a confusión, malentendido y polémica porque parte de la negación de algo (la violencia), cosa que no es enteramente cierta. Creemos que es mejor escribir la palabra toda junta porque expresa así una cultura y forma de acción con principios y lógicas históricas propias, que van mucho más allá de verse como una simple oposición a la violencia, como si al no haber una aparente violencia directa (no-violencia o no violencia), existiera ya la noviolencia (justicia, dignidad, co-operación, desobediencia a las órdenes inhumanas). Es un poco lo que sucede con la “paz armada” o “negativa” que se cree es dada por la “ausencia de guerra”. Ni la noviolencia ni la paz positiva se definen como opuestas a la violencia o a la guerra.

Por ello, los diferentes movimientos sociales de muchos pueblos en todas partes del mundo, que han hecho luchas justicieras o de liberación noviolentas, han buscado siempre definiciones más precisas desde sus culturas autóctonas, para que la gente las entendiera mejor y no se cayera en discusiones maniqueas o bizantinas: Gandhi hablaba del “Satyagraha” y del “Ahimsa” (Fuerza del alma; no causar daño a ningún ser viviente); Martin Luther King de la “Fuerza del amor”; en Filipinas contra el dictador Ferdinand Marcos esta forma de lucha se llamó el “Poder del pueblo”; en Checoslovaquia en la lucha contra la dictadura soviética fue el “Poder de los sin poder”; en México actualmente es la “Resistencia civil”.

Para Gandhi, sistematizador e innovador moderno de esta filosofía y práctica:

“La noviolencia es la fuerza más grande que la humanidad tiene a su disposición, tan antigua como las montañas. No es una virtud monacal destinada a procurar la paz interior y a garantizar la salvación individual, sino una regla de conducta necesaria para vivir en sociedad, ya que asegura el respeto a la dignidad humana y permite que progrese la causa de la paz, según los anhelos más fervientes de la humanidad. La noviolencia no consiste en ‘abstenerse de todo combate real contra la maldad’. Por el contrario, veo en la noviolencia una forma de lucha más enérgica y más auténtica que la simple ley del talión, que acababa multiplicando por dos la maldad. Contra todo lo que es inmoral, pienso recurrir a armas morales y espirituales. A mi juicio, la noviolencia no tiene nada de pasivo. Por el contrario, es la fuerza más activa del mundo...Es la ley suprema. No se puede ser noviolento de verdad y permanecer pasivo ante las injusticias sociales” (Gandhi, M., 1985).

Asimismo, para el padre Donald Hessler, pionero de la no violencia en México desde los sesenta, “la no violencia es la más violenta de las violencias, pero no usa armas que destruyen al adversario sino que buscan un cambio en él hacia la verdad y la justicia...es una fuerza humilde y audaz a la vez (Hessler, D., 1992). Y agregaríamos lo que Gandhi decía acerca de que no podemos esperar treinta años a que el adversario cambie hacia la justicia, por eso ejercemos la acción no violenta.

Esta cultura encarna principios como forma de vida y métodos de lucha como forma de acción para el cambio social. Existe una permanente discusión acerca de cuál de estos aspectos debe prevalecer en cada situación o identidad social, lo que, sobre todo en el plano de la acción, a veces construye rupturas dicotómicas entre vivir desde un tipo de ética y actuar desde otra opuesta, por ejemplo sirviéndose de la no violencia sólo por una conveniencia coyuntural pero, a su vez, promoviendo el despojo y la injusticia. Los grandes maestros y maestras de esta cultura siempre han insistido en la importancia central de ser coherentes: “La felicidad es cuando lo que piensas, lo que dices y lo que haces están en armonía” (Gandhi, M., 1985).

Si pudiéramos explicitar -con base en nuestra experiencia- un poco las diferentes áreas desde donde la no violencia se puede abordar o incorporarse a ella, sin perder de vista que se trata de una “totalidad”, al igual que en la paz existen las áreas de educación-cultural-construcción, podríamos decir que aquí se han desarrollado históricamente aspectos de acción social directa, de filosofía, de espiritualidad, de experiencias de vida comunitaria, de economía justa y solidaria.

Los principios de fondo tienen raíces en tradiciones religiosas, espirituales, humanistas, culturales, sociales, económicas y políticas de la humanidad en el sentido más amplio y plural. Por ejemplo, el cristianismo ve en la vida de Jesús un modelo no violento sobre todo en el pasaje del “respeto al enemigo”; el budismo en la “compasión” y el “desapego”; los pueblos indios y autóctonos de todo el mundo han crecido y sobrevivido con su gran integración a la madre tierra, la “Pacha Mama”, y al “Buen vivir” (Lekil Kuxlejal en tzeltal); el islam tiene en la frase de Mahoma “no hagas daño y no recibirás daño” uno de los principios universales más importantes de la no violencia que unen a la mayoría de las tradiciones: no hagas al otro lo que no quieres que te hagan a tí. Si esto fuera realidad, el mundo seguramente sería otro y mucho más humano.

Si quisiéramos profundizar y agrupar conceptualmente en ciertos ejes reflexivos algunos de estos principios esenciales más universales y característicos de la filosofía y práctica de la no violencia, que se han ido acumulando y enriqueciendo desde la acción y reflexión de pueblos y personajes de todo el mundo y tiempo, podríamos decir que:

1-es una fuerza basada en el poder de Verdad, del Amor. Para Gandhi: “El amor es la fuerza mayor del mundo y, al mismo tiempo, la más humilde que se pueda imaginar” (Gandhi, M., 1985). Se trata de una práctica y lucha social que colabora en la tarea milenaria de que nuestra especie sea cada vez un poco más humana, como parte de un largo e inacabado proceso para lo que nos falta mucho tiempo aun, con tantos genocidios, masacres, hambre, armamentismo, penas de muerte, represiones e injusticias, que presenciamos cada día en todo el mundo.

2-A su vez, la primera exigencia de la no violencia consiste en respetar y promover la justicia legítima alrededor de nosotros y en todos los territorios posibles, distinguiendo entre el ser

humano y sus actos. Para evitar “deshumanizar” al otro, es necesario conocer más acerca del proceso social que construyó en él esa inhumanidad, enfrentarla y detenerla, sin odiarlo ni eliminarlo a él también, aunque él quiera hacer eso con nosotros y nosotras.

3-Es También necesario evitar caer en reproducir y aumentar la “espiral del odio, la violencia y la guerra”, donde actuamos, muchas veces, desde la lógica y estrategia del adversario que nos ataca, provoca y quiere destruirnos.

4- Por otro lado, los medios deben ser tan justos y humanizantes como los fines, porque los medios ya son un fin en sí mismos. Debemos salir de la lógica que priva en el mundo y el capitalismo actual de que “el fin justifica los medios”. Decía Gandhi que: “Los medios son como la semilla y el fin como el árbol. Entre el fin y los medios hay una relación ineludible como entre el árbol y la semilla. Es como si pretendieseis que de una mala hierba puede brotar una rosa” (Gandhi, M.,1985). Y agregaba que “No hay camino para la paz, la paz es el camino”.

5-Finalmente, en el plano de la cultura, la educación y la acción directa resulta esencial construir cuerpos, grupos y movimientos capaces de practicar la “desobediencia debida a toda orden inhumana” (Marín, J.C., 2014), en oposición a la “obediencia a priori a la autoridad y a toda orden de castigo que emita”.

La Resistencia Civil

En México es muy extendida y usada actualmente la idea de lucha social noviolenta asociada a la de resistencia civil, incluyendo en este concepto a toda forma de lucha por las propias territorialidades, identidades, culturas, recursos naturales y cuerpos, principalmente en un sentido de “defensa de”, ante un ataque de despojo, expropiación, represión o exterminio. Se resiste por todos los medios posibles desde la cultura, el conocimiento o los recursos disponibles por parte del grupo-organización-movimiento-persona involucrados en el conflicto, en un amplio espectro de alternativas tácticas y estratégicas que van desde la lucha armada hasta la noviolencia extrema.

Michael Randle afirma que “La resistencia civil es un método de lucha política colectiva basada en la idea de que los gobiernos dependen en último término de la colaboración, o por lo menos de la obediencia de la mayoría de la población, y de la lealtad de los militares, la policía y los servicios de seguridad civil...Funciona a base de movilizar a la población civil para que retire ese consenso, de procurar socavar las fuentes de poder del oponente, y de hacerse con el apoyo de terceras partes” (Randle, M., 1998).

En el “Programa Constructivo de la India”, Gandhi apuntaba al inicio su idea fundamental respecto del poder en las relaciones pueblo-autoridad, para la lucha social:

“Hace mucho tiempo que estamos acostumbrados a pensar que el poder emana únicamente de las asambleas legislativas. Considero esta creencia como un grave error, debido a la inercia o al efecto de una sugestión colectiva. Un estudio superficial de la historia británica nos ha llevado a creer que el poder es confiado al pueblo por las asambleas parlamentarias. La verdad es que el poder viene del pueblo y que para un tiempo determinado confiamos su ejercicio a los representantes del pueblo que hemos escogido. El parlamento no tiene ningún poder, ni existencia siquiera, independientemente del pueblo.

Durante estos últimos veinte años me he esforzado en convencer al pueblo de esta verdad tan sencilla. La desobediencia civil es la llave del poder. Imaginemos a un pueblo entero negándose a conformarse con las leyes vigentes y dispuesto a soportar las consecuencias de esta insubordinación” (Ameglio, P., 2002).

Y complementaba el mismo Gandhi: “Hasta a los gobiernos más despóticos les es imposible permanecer en el poder sin el acuerdo de sus gobernados. Es verdad que el déspota cuenta muchas veces, gracias a la fuerza, con el consentimiento del pueblo. Pero apenas el pueblo deja de temer a la fuerza del tirano, su poder se derrumba. La democracia no está hecha para los que soportan como borregos. En un régimen democrático, cada individuo guarda celosamente su libertad de opinión y acción” (Gandhi, 1985).

Pasando al plano de la lucha social, las acciones de la resistencia civil noviolenta (Ameglio, P., 2002) -no es la única forma de resistencia civil- van aumentando en su intensidad cuando un nivel no es suficiente para lograr el objetivo buscado en esa lucha. Unas aproximación teórica a esta idea de la intensidad de la lucha desde sus niveles, podría considerar que: 1) lo ideal es que los conflictos se resuelvan en el primer nivel con acuerdos, negociaciones entre las partes, legislaciones, si no es así entonces se hace público el conflicto para abrirlo a más gente (foros, declaraciones, medios, conferencias, volantes...); 2) seguirían entonces las movilizaciones de masas o grupos en espacios abiertos (marchas, mítines, plantones, caravanas, brigadas, caminatas, peregrinaciones...); 3) si estas movilizaciones no son suficientes, vendrían las acciones de no-cooperación social, política y económica, donde sin desobedecer una ley se deja de hacer cosas que benefician y dan poder al adversario y sus aliados (dinero, obediencia, desinterés: huelgas, paros, boicot, ayunos...); y finalmente 4) entraría en acción la desobediencia civil donde en forma abierta y consciente (individual o masivamente), se decide desobedecer una ley, reglamento u ordenanza que se considera injusta e ilegítima, y que va contra la propia conciencia (antes la conciencia que la ley), aún a costa del castigo correspondiente. “La desobediencia civil es un derecho imprescriptible de todo ciudadano, no puede renunciar a ella sin dejar de ser hombre...La noviolencia y la cobardía se excluyen entre sí. Si no hay auténtica intrepidez tampoco hay verdadera noviolencia” (Gandhi, 1985).

Uno de los errores más comunes y costosos que hemos visto por décadas en nuestro país, es el de asociar mecánica o automáticamente la noviolencia con la desobediencia civil, ignorando que ésta es la última etapa de la lucha noviolenta, que no se puede improvisar ni organizar o hacer a la ligera, sin planeación y mucha preparación previa, en aras de construir la fuerza moral y material necesarias para su legitimidad y radicalidad, frente a las reacciones y provocaciones igualmente radicales y legalistas del adversario.

La principal arma noviolenta está en la acumulación de “fuerza moral” –derivada también del incremento de “fuerza material”-, en la “firmeza permanente” (a veces significa no moverse de un lugar hasta lograr la demanda) para lograr los objetivos de la lucha. Por ello resulta tan importante lograr que la verdad de una lucha sea muy visible y conocida en la sociedad - a través de los medios y las acciones públicas-, para que la autoridad -por la presión social- sea forzada a aplicar la justicia. La experiencia histórica enseña que en la lucha noviolenta es central sumar siempre más gente, ganar cada vez más aliados de todo tipo, siendo estratégicos los liderazgos con mayor “poder social”, pues constituyen un arma noviolenta caracterizada como “reserva moral”, ante la cual, si se moviliza en las calles y

espacios públicos en acciones firmes y proporcionales a la violencia que se combate, esos poderes son sensibles e influenciables a ceder en las demandas.

En este sentido, resulta importante tomar conciencia que las acciones de resistencia civil no violenta que un grupo, movimiento o persona emprenda, tienen que buscar tener una relación de intensidad y proporcionalidad con las acciones de violencia que el adversario desarrolle, si no el efecto de presión sobre él será insuficiente. Y es claro también que las propias acciones deben medirse según las fuerzas y apoyos de que se disponga, para evitar riesgos, provocaciones, represión o derrotas innecesarias.

La capacidad de convocar y sumar a la lucha a parte de la “reserva moral” de un país, resulta muy importante para romper la “asimetría de poder” existente muchas veces entre las fuerzas en conflicto. Sin embargo, en casos como el mexicano enfrentando tal nivel de guerra e impunidad con el contubernio entre el delito organizado y las autoridades de todos los niveles y los sectores empresariales asociados, no es suficiente el apoyo en un nivel declarativo, simbólico, verbal de parte de la reserva moral, sino que es indispensable que ésta “meta sus cuerpos” en acciones de no-cooperación y desobediencia civil, que son proporcionales a las acciones de tan alta violencia.

Justamente por esta falta de compromiso en acciones de mayor intensidad y presencia de cuerpos en el espacio público, es que la “frontera moral” de la inhumanidad ha avanzado tanto en cuanto a normalización e impunidad. Por ello, los familiares de las víctimas, junto a los pueblos y comunidades en defensa de sus territorios, recursos y culturas, han tenido que luchar muchas veces muy solos y enfrentando grandes riesgos, y exterminios o represiones, en la construcción de la verdad, justicia y reparación. Estos familiares han pasado por muchas etapas en estos al menos últimos diez años de lucha social, desde hacerse visibles en magnitud y dignidad para todo el país y el mundo; a organizarse individual y colectivamente en todo lo ancho y largo del país; a realizar infinidad de acciones jurídicas, sociales de movilización y de derechos humanos para presionar a las autoridades y los involucrados en la desaparición de sus seres queridos; hasta que actualmente se han concentrado en descubrir y cavar ellos mismos fosas clandestinas.

Un ejemplo muy importante respecto a subir el nivel de las acciones no violentas ante tal nivel de impunidad, lentitud y complicidad de las autoridades con el delito organizado, son la Brigadas de Búsqueda de Personas Desaparecidas, que se han realizado en casi todos los Estados del país y se realizan cada semana en distintos puntos, encabezadas por los familiares, en algunos casos con las autoridades obligadas a darles apoyo y en otros sin siquiera eso. Así, los familiares han decidido “Tomar en sus manos, sin pedir permiso (como diría el comandante David en Oventic en 2003)” la búsqueda en campo -con vida o en fosas clandestinas- de sus seres queridos, en una acción no violenta directa autónoma de no-cooperación (Cooperar era seguir esperando a que la autoridad decidiera hacer las búsquedas), para hacer lo que el Estado no ha hecho, más por complicidad que por falta de recursos. Se han encontrado así más de dos mil fosas clandestinas en todo el país.

En este aspecto, la lucha ha crecido mucho, sin embargo el desafío ahora es realizar una presión mucho mayor para acelerar y optimizar los tiempos de identificación de los restos de cuerpos y huesos hallados en las fosas clandestinas. Sin ello, la lucha queda a mitad, y el drama personal, familiar y social se agiganta. Esta es la etapa actual donde los mayores sectores sociales posibles -empezando, por ejemplo, por las jerarquías eclesiales,

universitarias, intelectuales que tienen un mayor “poder social”-, debemos poner nuestros cuerpos, recursos materiales, humanos y espirituales, así como nuestra determinación e indignación moral y material -poderosas armas no violentas si encauzadas estratégicamente- (Arendt, H., 2005; Hessel, S., 2010), al servicio de los familiares para ejercer una verdadera presión y “firmeza permanente” ante las autoridades.

Pietro Ameglio

Revista de Cultura de Paz y Derechos Humanos

CEPREVIDE, Dirección Gral. De Cultura de Paz y DDHH

Gobierno de Veracruz

Noviembre de 2019

Bibliografía

Ameglio, P. (2002). *Gandhi y la desobediencia civil. México hoy*. México: Editorial Plaza y Valdés

Arendt, H. (2005). *Sobre la violencia*. Madrid, Alianza Editorial

Gandhi, M. (1985). *En lo que yo creo*. Mérida, Edit. Dante

Hessel, S. (2010). *Indignaos*. Francia

Hessler, D. (1995). *Cristianismo y no violencia*. Cuernavaca, Serpaj

Marín, J.C.(2914). *Conocimiento y desobediencia a toda orden inhumana. Prólogo de Myriam Fracchia*. Cuernavaca, UAEM

Randle, M. (1998). *La resistencia civil*. Barcelona, Ed. Paidós